

La cabalá de la luz.
www.lacabaladelaluz.com

Duodécima lección: SEFIROT Y ETICA. Primera parte.

SEFIRÁ	ILUSIONES	EXP.ESPIRITUALES	CUALIDADES POSITIVAS	CUALIDADES NEGATIVAS	MANDAMIENTOS BÍBLICOS	MANDATOS	OBLIGACIONES
Kéter	Haber llegado	Visión de la unidad			“Yo soy YHVH tu Dios que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. No tendrás otros dioses ante mí faz” (Sé conmigo y yo seré contigo)		
Jojmá	Independencia	Visión de Dios cara a cara			“No te fabricarás escultura ni imagen alguna... No te postrarás ante ellas, ni las servirás, pues yo soy YHVH, tu Dios, El Celoso...” (Perseguirás un estado aformal de conciencia superior)		
Biná	La forma como algo en sí	Visión del dolor (Tikún)	Silencio	Avaricia	“No tomarás el Nombre de YHVH tu Dios en vano, pues no considerará YHVH inocente a quien tome su Nombre en vano” (Te adherirás a YHVH, manteniendo un estado de conexión constante)		
Jésed	Las propias creencias	Visión del amor, de la misericordia	Tolerancia, prudencia, paciencia, humildad, obediencia, generosidad	Gula, glotonería, despotismo, tiranía	“Recuerda el Shabat para santificarlo. Seis días trabajarás... Pero el séptimo es Shabat en honor a YHVH... Por eso bendijo YHVH el día del Shabat y lo santificó” (Seis días cultivarás el aspecto ser y en el Shabat la no acción)		Humildad
Guevurá	La invencibilidad	Visión del poder	Lealtad, coraje	Destructividad: odio, ira, resentimiento, venganza, crueldad	“Honra a tu padre y a tu madre para que se prolonguen tus días sobre el suelo que YHVH tu Dios te da” (Reconoce el substrato biológico/social/mental/espiritual sobre el que tu individualidad es una chispa)		Coraje, lealtad, valentía
Tiféret	Identificación	Visión de la armonía. Arquetipos del niño, del rey, del Dios sacrificado	Devoción a la Gran Obra	Orgullo	“No matarás” (Siempre estarás del lado de la vida. Acción positiva: no destruir nada sin dar una alternativa)	Atreverse, osar	Integridad

Nétsaj	Proyección en el mundo externo de nuestros propios contenidos	Visión de la belleza triunfante	Ausencia de egoísmo, desprendimiento. Preocupación por el otro. Compartir, responsabilidad	Egoísmo, deseo de recibir sólo para sí en los planos emocional, sexual.... Justificación de emociones negativas	"No adulterarás" (Permitirás la expresión de la naturaleza esencial de cada cosa)	Saber (saberse), conocerse, conocerse las emociones	Responsabilidad
Hod	Todo sigue un orden que puede ser explicado	Visión del esplendor	Honestidad, veracidad	Deshonestidad: mentira, engaño, fraude, injusticia... Habla negativa	"No hurtarás" (Por todo habrás de pagar un precio. Por cada cosa que tomes darás algo a cambio)	Querer (algo)	Aprender
Yesod	La seguridad	Visión de la maquinaria del Universo	Independencia, confianza	Pereza. Reactividad	"No darás de tu prójimo falso testimonio" (No juzgarás a nadie, más te conocerás a ti mismo)	Ir. Ponerse en movimiento para conseguir metas	Confianza
Maljút	Sólo existe lo físico	Visión del Santo Ángel Guardián	Discriminación, disciplina	Inercia. Avaricia, codicia	"No codiciarás..." (Discernirás el sentido de tu propia vida)	Callar, guardar silencio	Disciplina

SEFIROT Y ÉTICA

Al hablar de Hombre Solo en la lección sobre las tríadas, se insistió en que el nivel ético es un estadio imprescindible que no podemos obviar. Ciertamente, el individuo que aspira a activar y tener operativo todo el Árbol de la Vida necesita un fuerte anclaje en esta tríada intermedia de la que depende el equilibrio del conjunto. Recomendamos que antes de seguir adelante se relea todo lo dicho entonces.

En esta lección nos proponemos hacer un estudio del Árbol de la Vida como mapa ético. Partimos de la base de que, a pesar de la relatividad o dependencia temporal de algunas de sus formulaciones, la estructura profunda de la moral es objetiva, es decir, está enraizada en la naturaleza de la Realidad, de la cual el Árbol de la Vida es una representación completa. Así pues, siguiendo con nuestra metodología habitual, consideramos a cada sefirá como arquetipo o germen de una serie de principios éticos que, como mojones que le señalan el camino, el individuo ha de trabajar e interiorizar en aras de su desarrollo anímico.

Hay que tener en cuenta que consideramos como primer imperativo ético el promover el propio desarrollo personal en todos los planos. Eso podemos entenderlo como el hacernos capaces de acceder conscientemente a las energías de cada sefirá y utilizarlas (o canalizarlas, según el punto de vista) positivamente.

En ese sentido, cada sefirá proyecta un velo de **ilusión** (primera columna de la tabla) que nos paraliza e impide alcanzar la **experiencia espiritual** (segunda columna) que de alguna manera nos confirma que hemos conectado verdaderamente con las energías de esa esfera. Por supuesto que tanto las ilusiones como las experiencias tienen muchos grados de profundidad. Hay que distinguir entre lo que es un estado conseguido quizá provisional o esporádicamente – por muy importante que esa experiencia sea para el individuo – y un estadio consolidado e integrado en la psique. Esto último es tarea de toda la vida. Es, de hecho, para lo que estamos aquí.

Las **cualidades positivas** – *midot* en hebreo (que significa, de hecho, *medidas*) – son las llamadas virtudes a desarrollar. Son los modos, formas o caracteres que nos permiten estar alineados con las energías de una sefirá, reflejarla adecuadamente en nuestras vidas y usar positivamente sus poderes.

Las **cualidades negativas** – *kliptot* en hebreo (que significa *cáscaras* o envolturas vacías) – son los llamados vicios, lógicamente a evitar o desarraigar. Hay que tener en cuenta que no se refieren a nada intrínseco a la sefirá en sí, sino al modo nuestro de polarizarnos respecto de ella. Consideramos los vicios como desequilibrios de cualidades positivas.

Los **mandamientos bíblicos** reciben en hebreo el nombre de *asheret dibrot*, es decir, las *diez palabras* (pronunciadas por la boca de Dios). Están, como cabía esperar, en correspondencia directa con el Árbol de la Vida. No analizamos en este lugar su significado profundo – recordemos los cuatro niveles de interpretación del texto bíblico: literal, alegórico, metafísico y místico –. Los estudiamos aquí en su contexto ético, poniendo de manifiesto su conexión con el Árbol y reformulándolos en términos de su espíritu como prácticas positivas.

Por último, los **mandatos** y **obligaciones** provienen de la tradición hermética. Se dice que son el compendio de la sabiduría de la Esfinge en los misterios egipcios. Como principios guía son palancas orientadas directamente hacia el crecimiento

anímico y ofrecen otra perspectiva de las capacidades a desarrollar para integrar las fuerzas de las sefirot en nuestras almas.

A continuación comentamos de una forma conjunta en cada sefirá sobre todos estos aspectos, pero instamos a cada estudiante a que haga sus propias reflexiones. El análisis que sigue está basado en el capítulo correspondiente del libro *El Camino del Árbol de la Vida* aunque está simplificado y aumentado.

MALJÚT

La **ilusión** de Maljút es creer que sólo existe lo físico, la materia, siendo ésta una creencia muy extendida hoy en día. Y esto no sólo en el plano de la sustancia (materialismo filosófico), sino también en el plano de los valores: Lo material ocupa el primer puesto de la jerarquía de valores y la razón económica se invoca como absoluta. Hay muchos que al oír hablar de la ilusión de lo físico piensan que la tienen superada pues afirman creer que existe algún tipo de más allá. Pero si esas mismas personas que discuten el ser llamadas materialistas se comportan en sus objetivos, visión del mundo y acciones concretas como si no existiera nada más que lo físico, entonces no tienen existencialmente superada la ilusión.

Esta ilusión paraliza la vida espiritual. Desprovisto de “alma” el hombre no es sino lo que posee y a mayor número de pertenencias más valor objetivo se alcanza. Se tiende a la acumulación de posesiones. Y así, la **avaricia** o **codicia** es el primer vicio que corresponde a Maljút.

Pero lo anterior no debe entenderse como un alegato en contra de la materia o de lo corpóreo. El antimaterialismo o espiritualismo a ultranza participa de la misma ilusión de lo físico sólo que a la inversa: de darle todo el valor a lo material, pasamos a negarle todo tipo de validez. Hay que ver si detrás de ello no se esconde alguna forma de escapismo para evitar conflictos, pues lo espiritual también tiene sus patologías. El considerar lo material como intrínsecamente malo o pecaminoso es ilógico y también una negación de lo Divino en última instancia.

Para colocar a lo material en su lugar es necesario ejercer mucha **discriminación**, la cualidad de Maljut. El plano físico tiene mucho peso, es convincente. En Maljút nada aparece como es, es un plano de ocultación. La misma materia que nos parece tan sólida es en su mayoría vacío. Discriminar es distinguir, diferenciar – lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, la apariencia de lo real, la causa del efecto –. Todo está muy mezclado. Está claro que una buena dosis de discriminación es necesaria para poder asumir el control de nuestra evolución, y no dejarnos llevar constantemente por las fuerzas de la costumbre y la propaganda.

Las ilusiones tienen aspectos burdos, más fáciles de detectar, y otros sutiles. Si sólo lo físico es valioso, queremos acumular. Se crea un círculo vicioso: el atesoramiento de bienes materiales hace aún más fuerte la ilusión de lo físico. El aspecto sutil de la codicia puede estar relacionado con la acumulación de conocimientos, títulos académicos, experiencias, relaciones... estando estos aspectos más relacionados con la “cantidad” que con la integración en el propio ser para producir una evolución. Tanto los factores burdos como los sutiles tienen en común que la energía de la persona se pone en la conquista de algo externo al ser.

La **experiencia espiritual es la Visión del Santo Ángel Guardián**, la apertura a la dimensión espiritual. Es poner a Maljút en perspectiva: hay un poder espiritual que me guía y me dirige. Darse cuenta de eso hace superar lo físico y ayuda a entender que

el plano material está para aprender, tener experiencias que favorezcan el desarrollo de cualidades espirituales. Para esto es necesaria una buena dosis de discriminación.

Todo lo material, por ser más denso, tiene una gran cantidad de **inercia**, entendida como la resistencia a ponerse en movimiento, a cambiar hábitos en una vida anquilosada. Los sistemas físicos son sistemas cerrados que, una vez constituidos, tienden a repetir automáticamente las pautas. Todos sabemos lo que cuesta romper la fuerza del hábito, y también lo difícil que es empezar las cosas y las resistencias que hay que vencer.

El antídoto para superar la inercia es aplicar **disciplina**. Sin ella, la enorme fuerza de gravedad de lo físico acaba engullendo – como un agujero negro – todas las buenas intenciones. También para saber cuándo y en dónde hay que disciplinarse es necesario discriminar metas y caminos o técnicas. Hay que aplicar a disciplina con sentido común, pues es un medio para conseguir un fin.

El camino a la discriminación pasa por **guardar silencio**, el mandato de Maljút. Para aprender, a veces hay que saber callar ante los hechos de la vida, observar, dejar que las cosas hablen por sí mismas, poniendo en tela de juicio teorías y puntos de vista convencionales, por muy socialmente aceptados que estén. Y esto también se aplica a uno mismo. Para superar el peso específico de lo físico, abrirse a una dimensión interior, volverse hacia dentro, es necesario aprender a recogerse, aislarse y guardar un silencio receptivo. Esta es una condición sine qua non para que lo espiritual se manifieste.

El Mandamiento de esta sefirá es “**no codiciarás**”. Codiciar hace estar en carencia y genera frustración. El mandamiento pide no medirse por lo que tienen o son los demás sino discernir las propias metas. “Deja hacer y haz lo tuyo” es una buena máxima. Todo ser humano viene al mundo en las condiciones adecuadas para la realización de su tarea espiritual: la realización de su tikún, El mandamiento no es una llamada al conformismo, en el sentido de consagrar un orden social existente – no inspirado, por cierto, en los valores espirituales, entre los que están la solidaridad y la justicia – o de pretender que no aspiremos a tener más para nosotros, si ello favorece el desarrollo espiritual. Más bien, lo que el mandamiento hace es una llamada al discernimiento del sentido de la propia vida, dejando a los demás que vivan la suya, según sus propias coordenadas. Hay que discriminar los propios objetivos y ponerse en movimiento para conseguirlos con el esfuerzo personal. Si nos miramos en el espejo de lo que los demás tienen, nos encontraremos en estado de ausencia, y esa es la puerta de la negatividad, porque la plenitud interior – lo contrario del vacío – es la característica de lo divino.

Cuando un ser está identificado con Maljút es como un niño que sólo quiere recibir.

YESOD

Los **vicios** de esta sefirá son la **pereza** y la **reactividad**, según predomine el aspecto pasivo o el aspecto activo, siendo ambas facetas desequilibradas de la Luna. Cuando Yesod opera negativamente, se puede producir ese estado de pasividad, de indolencia, de desidia, de falta de ánimo y vitalidad, de abandono a las propias ensoñaciones: un estado que es absolutamente estéril y no crea nada. Recordamos que Yesod es la esfera de la imaginación, que si bien puede ser creativa y puesta a un propósito práctico, también puede usurpar el papel de la acción. También el Yesod reflectante puede desequilibrarse hacia la hipersensibilidad, lo que puede dar lugar a un exceso de reactividad a los estímulos externos.

La experiencia espiritual es la **Visión de la maquinaria del Universo**, la comprensión del mecanismo de las cosas, por ejemplo de la causalidad. Todo está concatenado y todo sucede por algo. Yesod es el entramado, la matriz. Todo se refleja en Yesod antes de plasmarse en Maljút. Conectar con Yesod nos da una visión más amplia de las fuerzas profundas del Universo, de sus ciclos, tendencias, mareas, Nos permite desarrollar la intuición de cómo y por qué suceden las cosas. Yesod nos enseña a fluir con las mareas que es muy diferente al abandono pasivo basado en la pereza y en la inhibición. Navegar los mares astrales no es ir a la deriva, juguete de los vientos y las corrientes.

De hecho, las virtudes o cualidades son la **confianza** y la **independencia**. La confianza deriva de la fe en en la inteligencia y sabiduría que subyace a la maquinaria del universo. Confiar en que todas nuestras experiencias son para bien, en que nuestros aparentemente insolubles conflictos tienen un sentido que algún día descubriremos. La independencia nos da precisamente la facultad de encontrar y seguir nuestro propio rumbo. Independencia en el sentido de autonomía personal, con la una autosuficiencia relativa y una capacidad de poner en acción los propios recursos. Fijémonos en que las personas perezosas suelen desarrollar grandes dependencias económicas, ideológicas o afectivas. Sólo siendo independientes podemos edificar un buen fundamento personal sólido, no sujeto a los embates de la fortuna o a los caprichos de los demás. Y para ello es necesaria una atención diligente – ocuparse de las cosas – lo contrario del abandono y la pereza.

Obviamente la independencia absoluta no se puede dar pero, fuera de unos ciertos límites, un área en la que nos hacemos excesivamente dependientes es un área en la que no podemos ser nosotros mismos. Nuestro fundamento yesódico no se corresponde con nuestra conciencia Tiferética. ¿Por qué entonces nos hacemos dependientes? Normalmente en aras de una seguridad mal entendida. Esta seguridad puede ser material, emocional, mental.

La seguridad constituye la **ilusión de Yesod**, la **seguridad**, creer que el fundamento creado es seguro. Nada es seguro, ni en nosotros ni en nuestras circunstancias materiales. Ciertamente nuestro fundamento yesódico necesita de la estabilidad de Maljút y también nuestro mundo interno precisa de una cierta permanencia. Nos vemos forzados a planificar nuestras vidas y tenemos que actuar con previsión. Pero si en aras de una seguridad económica construimos grandes fundamentos materiales que después, para mantenerse, nos exigen todo nuestro tiempo y energía; si para no asumir una soledad o para evitar un conflicto con los demás consolidamos unas relaciones no enriquecedoras para ninguna de las partes, o, por el contrario, si para preservar un estatus o una determinada apariencia, o por una negativa a dar o compartir, no nos arriesgamos a una determinada relación; si nos refugiamos en la seguridad de unas ideas o de una determinada concepción del mundo para no asumir los riesgos de un pensamiento diferente o para justificar una situación que nos es cómodo mantener, etc.; puede que el precio que estemos pagando sea el de nuestro propio Tiféret.

Este es el deseo del ego, el hacerse independiente para poder controlar. El self sabe de la complejidad de toda situación y simplemente fluye con ella, sin imposiciones pero con actitud creativa, buscando siempre el punto de síntesis y equilibrio que tiene todo par de opuestos enfrentados.

El mandato es **ir**, no estar inactivo ponerse en movimiento para conseguir metas, aceptando la inseguridad que ello entraña, pero confiando en que es nuestro sí mismo el que determina la pauta de nuestro destino y que al final acabará prevaleciendo.

La **obligación**, y también virtud, es la **confianza**. Aunque no entienda lo que me está sucediendo, confiar en que me ocurre por algo. También aprender a confiar en los otros, con discriminación.

La novena Palabra, el **mandamiento**, que es: “No darás de tu prójimo falso testimonio” arroja nuevas luces sobre lo anteriormente expuesto. Presenta falso testimonio quien afirma sólo el mundo de la apariencia frente al mundo de la esencia, de la temporalidad frente a la eternidad, de la materialidad frente a la espiritualidad. Presenta falso testimonio en contra de la totalidad de su ser el que sólo se identifica con el ego y la personalidad consciente preindividualizada. Es decir, el que no es verdadero consigo mismo en su integridad. Por eso, en términos positivos, el mandamiento nos dice: “No juzgarás a nadie mas te conocerás a ti mismo”. Si tenemos en cuenta que la personalidad yesódica tiene sus áreas conscientes e inconscientes; que tendemos a proyectar nuestra parte oscura en los demás; que el éter yesódico es tan ideoplástico que muchas falsedades, medias verdades o conocimientos incompletos toman aires de verosimilitud a poco que se los justifique racionalmente; y que nuestra percepción del mundo real (físico más metafísico) es fragmentada, limitada, abarcando sólo una vida, de forma que la parte de la maquinaria del universo que conocemos es la punta de un iceberg; con todo eso, haríamos bien en posponer nuestro juicio sobre los demás hasta conocernos a nosotros mismos. Claro que el individuo en Tiféret ya no obtiene beneficio en juzgar a otros. Le basta con juzgarse a sí mismo, para que Yesod refleje su verdadera naturaleza, dando el testimonio del carácter esencialmente divino del propio ser y de toda la realidad.

HOD

Como es la esfera del intelecto, la experiencia espiritual es la **Visión del Esplendor** – el esplendor de la mente – que es la verdad del espíritu brillando a través de la mente. O dicho de otro modo, la percepción de la mente de la verdad brillando a través de las formas. Precisamente, la virtud o cualidad de Hod es la **verdad** (y por tanto la veracidad). Se dice que la verdad es el sello de Dios. La visión del Esplendor consiste en la contemplación de que en su esencia todas las cosas no son sino reflejos luminosos del propio ser divino.

En el mundo de la forma, la verdad es relativa siempre. Al descender por el Árbol y sufrir la Luz una disminución progresiva, la verdad también se apantalla, como cuando tenemos que mirar a través de un cristal oscuro o de un conjunto de cortinajes. La afirmación por parte de muchos de que no existe la verdad absoluta debe entenderse entonces como que en los planos de la forma sólo conocemos manifestaciones relativas o verdades parciales. Lo que cuesta más admitir es que ello es debido a las limitaciones inherentes al discurso racional.

El intelecto puede generar la ilusión de la racionalidad: **todo** sigue un orden que **puede ser explicado**. El intelecto es un instrumento formal por medio del cual analizamos, clasificamos, definimos y conceptualizamos la realidad. Al quedar ésta plasmada en una serie de cadenas lógicas explicativas, una imagen de orden emerge de la actividad mental. La ilusión de Hod es elevar este orden lógico a la categoría de absoluto. Para todo hay razones. En nuestros tiempos es una ilusión muy difícil de superar. Si se une a ésta la ilusión de Maljút – sólo existe lo físico – tenemos la base de la ciencia moderna. Hay que poner la razón en perspectiva. Hay que tener en cuenta que el que todo suceda por algo en el orden espiritual, no significa que tenga una explicación racional. Igual que existe el campo de lo prerracional también existe el dominio de lo suprarracional que es otro nombre para el espíritu.

Por eso, la virtud de Hod es la **honestidad** – veracidad en el pensamiento, la palabra y las relaciones – que implica una búsqueda sincera de la verdad, es decir, la razón puesta al propósito de reflejar y transmitir la luz superior, pero también el reconocimiento de unos límites intrínsecos al proceso mismo de conocimiento racional. Hay que tener en cuenta que también la sociedad es lenguaje y por ello Hod es la esfera de las relaciones y de la comunicación. Y la honestidad, con sus connotaciones de **buena intención, verdad, sinceridad, transparencia y reciprocidad**, es como el lubricante que hace funcionar las relaciones, mientras que la **deshonestidad** – el vicio de Hod – que conlleva **mentira, engaño, fraude, robo e injusticia**, es como el óxido que las corroe.

La honestidad es, por último, una virtud imprescindible para tener acceso al propio Tiféret. No hay verdadera introspección sin honestidad con uno mismo y esto es algo que hay que aprender: a analizarnos con verdad, a no mentirnos ni autoengañarnos sobre nuestras verdaderas motivaciones y sentimientos, a reconocer nuestra verdadera forma de ser, con virtudes y defectos, desmontando los mecanismos de defensa que hemos construido para evadirnos del dolor de ver claramente cómo somos y cómo hemos actuado en el pasado. El ego siempre está buscando excusas y echar la culpa a otros o las circunstancias de lo que no le gusta de sí mismo. O bien busca apoyarse en teorías y razones que justifiquen ante sí y ante los demás su conducta. Esto no es compatible con Tiféret, que empieza por aceptar sin lamentaciones ni victimismo la verdad sobre el propio ser.

No es de extrañar, por tanto, que la Octava Palabra, el **mandamiento**, sea “no hurtarás”. El robo es, por una parte, una forma de mentir y abusar del lenguaje social y, por otra, una violación del principio de reciprocidad, ya que pretendemos obtener algo sin dar nada a cambio. Esta podría ser una formulación afirmativa del mandamiento: Por todo habrás de pagar un precio. Y esto, como el propio concepto de robo, se aplica a todas las relaciones, a todos los niveles. Un desarrollo excesivo de, digamos, nuestra naturaleza material en detrimento de nuestra parte espiritual es una forma de robo. Hay robo del tiempo, que implica también robo del pensamiento. Hay robo del honor, de la fama, del respeto debido a otros. Esto incluye no sólo la calumnia, sino las medias verdades, la propagación de rumores, el chismorreo... incluso aunque lo que se diga sea “verdad”, si la intención subyacente no es ayudar al otro. Muy probablemente sucederá lo contrario, que la intención será destruir, o al menos disminuir de algún modo, la fama del otro.

El mandato mágico de Hod es **querer**, aplicar la voluntad (Hod es también la esfera de la voluntad personal), poner en movimiento las cosas para conseguir metas. Esto en parte es un alegato contra un intelectualismo estéril. La obligación, por supuesto, es **aprender**, pero no sólo teoría. No basta con simplemente llegar a un conocimiento intelectual de algo y creer con ello que como lo hemos entendido lo hemos dominado. No olvidamos que Hod se encuentra ubicado en el pilar de la forma y por tanto puede tornarse pasivo. Hay que llevar a la práctica, pues sólo la práctica – el hacer – es transformadora.

En realidad, la voluntad es una facultad primaria del espíritu que se halla por encima del pensamiento. La Voluntad, con mayúsculas, es una cualidad de Kéter. De hecho, la voluntad refleja la verdad del ser. Se ha definido la magia como una educación de la voluntad en el sentido de alinearla con la voluntad superior, la voluntad espiritual. Como toda facultad se desarrolla ejercitándola, de ahí que sea un mandato.

NÉTSAJ

La **ilusión es la proyección de emociones**, de tendencias inconscientes que no asumimos en nosotros. Por ejemplo racismo, homofobia..., aunque desde Hod se justifique. Cuando rechazamos mucho a una persona, algo nuestro estamos proyectando y debemos revisarlo. Hasta que no nos ponemos a trabajar conscientemente sobre ello no nos damos cuenta de la medida en que nuestra relación con el medio ambiente pasa por el espejo de nuestras proyecciones. Debemos preguntarnos si de verdad vemos al otro o si queremos que éste sea una imagen deformada de nosotros mismos. Y la prueba está en el grado y la calidad de nuestra preocupación por ese otro. Precisamente el vicio y la virtud de Nétsaj tienen que ver con el modo en que nos relacionamos con los demás. El vicio o klipá es el **egoísmo** – el deseo de recibir sólo para sí en sus múltiples manifestaciones – y la virtud o midá es la cualidad contraria, la **ausencia de egoísmo**. Nétsaj tiene que ver con la polaridad energética al nivel emocional. Sus cualidades positivas se enmarcan en la ética de preocupación por el otro: empatía, sensibilidad, tolerancia, responsabilidad (ser consciente del efecto de nuestras acciones sobre los demás), solidaridad y cooperación. También hay que saber recibir en reciprocidad. Queremos relaciones que nos completen, pero que al mismo tiempo sean enriquecedoras para las partes.

En una sefirá que vibra en el rayo de la naturaleza y el arte la experiencia espiritual se define como la **visión de la belleza triunfante**. Se habla normalmente de la ética de la Verdad o de la ética del Bien. Se comprende menos el poder profundamente conmovedor y redentor de la Belleza, que nos conecta de una forma directa (emocional, anímica) con los luminosos arquetipos espirituales.

En un cosmos de belleza y de infinitas interrelaciones todo tiene derecho a expresar su propia naturaleza, su propio ser. Y para ello todo ha sido dotado por la Providencia Divina de la fuerza específica necesaria para alcanzar la realización, la plenitud de su ser.

Por eso, la séptima palabra, el mandamiento es: **No adulterarás**. El mandamiento sobre el adulterio ha sido interpretado exclusivamente en el ámbito sexual, pero hoy en día, con el despertar del pensamiento ecológico a gran escala y la comprensión de las consecuencias de adulterar la naturaleza, este mandamiento ha cobrado una dimensión más amplia.

El adulterio se aplica a todos los ámbitos: Por ejemplo, al nivel de nuestro cuerpo, cuando introducimos en él sustancias dañinas que alteran su metabolismo y fisiología. Así, adicciones como el alcoholismo serían una forma de adulterio. Las consecuencias son degeneración física, psíquica, mental y moral.

Y también, por supuesto al nivel de las relaciones – de muchas formas – y, en particular, a la relación de pareja, una relación que idealmente puede llegar a involucrar todos los niveles – físico, emocional, mental y espiritual – y que por tanto puede llegar a ser la relación más completa que existe en el plano humano. Aquí hay que tener en cuenta que cada relación es un mundo propio.

Por todo lo dicho, el mandato mágico de Nétsaj es **saber**, porque tenemos la obligación de conocernos a nosotros mismos, de saber cuáles son nuestros verdaderos deseos y emociones más allá del velo de las represiones y las proyecciones. Y el conocimiento de nuestras verdaderas motivaciones lleva también al conocimiento de las de los demás: vemos su subconsciente, por qué actúan, qué quieren de verdad. Vemos en nosotros y en los demás el juego de los arquetipos y de las fuerzas de la naturaleza cuyo mecanismo tenemos también el mandato de conocer. Y como el conocimiento es poder la obligación resultante es la **responsabilidad**, dándonos cuenta de que todo lo

que hagamos tiene consecuencias en los demás. Esto se aplica tanto al nivel de la vida personal como en el ejercicio de la magia o uso ritual de las fuerzas de la naturaleza. No olvidemos que los mandatos y obligaciones provienen de la tradición hermética.

TIFÉRET:

Tiféret es la sefirá del self y la ilusión que proyecta tiene relación, como cabría esperar, con la esencia de uno mismo. Consiste en **identificarse**, poner la identidad en algo que no eres tú mismo: una profesión, rasgos de carácter, un gurú, creerte que eres la reencarnación de X... Mucha gente está identificada con su imagen o una imagen determinada (por ejemplo en la anorexia). Identificarse con complejos (de inferioridad...), con un rol social, con un tipo de personalidad, con ideas o sentimientos... Pero el self es, por definición, lo que es por sí mismo, es decir que no se liga a nada. Toda identificación es ilusoria y debe ser por tanto reconocida y relativizada.

Desde Tiféret se le abren al individuo varias posibilidades. En principio su tarea es desarrollar las tríadas Hombre Solo y Dios en Hombre, pero el sujeto es dueño de sí mismo y bien podría volverse de espaldas a lo alto y dedicarse a potenciar su naturaleza inferior, por ejemplo. O simplemente buscar su propia salvación sin relación alguna con el resto de sus semejantes. Por eso la virtud de Tiféret es **Devoción a la Gran Obra**, el cumplimiento o realización del Plan Divino.

La palabra devoción tiene dos matices principales: el uno implica dedicación asidua y cuidado constante por una tarea, lo cual no es realmente posible sin un fuerte y profundo amor (como cuando hablamos de la devoción de una madre por sus hijos). El segundo matiz es el religioso. En este sentido, devoción es sinónima de veneración, sentido constante de la Presencia, fervor y abnegación en el cumplimiento de la Voluntad Divina. En ambos casos hay un factor de voluntariedad: la devoción es asumida libremente, si no se convierte en obligación.

La devoción a la Gran Obra empieza por uno mismo, por el autoconocimiento y la autorealización, y ello en todos los mundos, implicando el conocimiento y la realización de la propia naturaleza superior. Lo cual conlleva la redención de los propios arquetipos y exige una buena dosis de sacrificio.

Pero esta “salvación” personal no es sino una faceta de la reparación universal, la actualización del Plan Divino y la instauración de todos los mundos en la perfección de lo infinito. Es ésta una tarea individual y colectiva al tiempo en la que el individuo trabaja mediante la manifestación en él mismo del propósito divino. También implica sacrificio, y no sólo el sacrificio de uno necesario para alcanzar metas de realización personal, sino, lo que es más importante, el sacrificio por los demás basado en una preocupación auténtica por ellos, que es de una índole superior al hacer salir al individuo de sí mismo.

No se entienda lo anterior como una llamada al “mesianismo”. En un alto porcentaje éste conlleva grandes dosis de Yesod: inflación del ego e intolerancia hacia los que discrepan de la propia verdad. Pero el camino de Tiféret sufre tarde o temprano una inflexión que pasa por el anonadamiento personal – hacerse uno mismo nada – si se aspira a acceder alguna vez a la puerta de Daát. No deben confundirse los términos “realización personal” o “autoexpresión personal”, que suponen el desenvolvimiento de una esencia – algo que “es” – con una autoafirmación personal en la frontera con el engrandecimiento del ego y que abre la puerta a la pérdida del estado tiferético.

Precisamente el vicio de Tiféret es el **orgullo**, escollo importante porque cuando se está en Tiféret no se puede evitar el brillar. El orgullo tiferético no es la vanidad de

Yesod (creerte lo que no eres), sino el orgullo de creerte lo que eres, y es un obstáculo porque puedes deslumbrarte por tu propio brillo y creerte que eres tú la fuente de luz, cuando sólo estás a su servicio, es decir, eres la manifestación de una realidad superior. Es importante no confundir el orgullo con una autoestima sana.

La esfera de Tiferet presenta múltiples dimensiones y eso se ve reflejado en la experiencia espiritual. Por una parte es la **visión de la armonía**, la percepción participativa del profundo equilibrio que existe en la Creación a todos los niveles, tanto externo como interno. Una vez en Tiferet cesa la turbulencia interior: Una vez que emerge el self – arquetipo del **niño**, segundo nacimiento – todo ocupa un lugar y todo está bien. Cuando el self se consolida es el **rey**. Uno desarrolla su propio reino y es el centro de su propio sistema solar. Pero el rey vive para el pueblo y se sacrifica por él (cuando pones todo lo anterior al servicio de los demás). El sacrificio tiferético es siempre por los demás. Es el arquetipo del **dios sacrificado** que todos hemos de experimentar como parte de la experiencia tiferética.

En fin, no se llega a Tiferet – y no se permanece en ella – sin una dosis de osadía. Por eso el mandato es **atreverse**, porque llegar a Tiferet y consolidarnos en ella es una obligación primordial de todo ser humano. Hay que atreverse a ser uno mismo, a reflejar el propio ser con verdad e **integridad**, a intentar conseguir lo que de verdad uno quiere, a actuar en aras del propio self, para hacerlo crecer y desarrollarse. Eso sólo se puede conseguir actuando con integridad, que implica un compromiso con la totalidad de uno mismo y es la obligación de Tiferet.

El Mandamiento es “no matarás”: estar siempre al lado de la vida. Tiferet es el centro del Árbol de la Vida, es la sefirá que mejor representa la vida. Es un mandamiento de acción positiva, de ser esencialmente constructivo: con las personas y los seres vivos, con el medio ambiente, con las relaciones de todo tipo, con las creencias ajenas, etc. Si algo se ha de destruir es porque se tiene una alternativa mejor, y este mejor no responde a intereses personales, partidistas o sectoriales, sino que debe estar basado en una conciencia Tiferética iluminada. No podemos dejar a una persona sin nada y, si está equivocada, hay que ayudarla constructivamente a superar esa equivocación.

GUEVURÁ

Guevurá es una sefirá de fuerza, de lucha y batalla. Es una esfera energética, de límites precisos que generan poder. Su experiencia espiritual es la **visión del poder**. Conforme el individuo va ascendiendo por el Árbol y desarrolla desde Tiferet su propio centro guevúrico, qué duda cabe que adquiere y acumula poder. Y cuando se tiene poder de verdad, uno parece invencible y entonces entra en juego la ilusión de Guevurá, la ilusión de **invencibilidad**: el individuo se autoalucina y cree que el poder es suyo, que dimana de él y de sus capacidades, que le pertenece, en suma. En consecuencia, es un vencedor y no puede ser derrotado.

Lo peor que puede hacerse con el poder es intentar conservarlo y usarlo para fines personales o sectarios. Entonces uno se vuelve esclavo de él, en vez de a la inversa. Tarde o temprano el individuo será desbancado de esa posición y será derrotado.

El poder no lo tienes por ti mismo, es algo concedido para que lo uses para algo, no para ti (para tu ego). Un buen uso del poder sería aplicarlo a la consecución de un buen fin, para prestar un servicio a los demás.

Servimos a la voluntad superior que rige nuestras vidas y los destinos del mundo. Nuestra lealtad es para con el Poder Divino, del cual podemos ser sus canales.

Guevurá es también la esfera del juicio y del rigor. Cuando en el ejercicio de su función aplica la severidad, lo hace siguiendo criterios de necesidad basados en el Entendimiento y la Sabiduría superiores. Y si se pierde el límite justo se presenta un aspecto de la klipá de Guevurá: la **crueledad**. Es cruel el que es excesivamente severo, es decir, innecesariamente severo.

Otro vicio es la **destruictividad**. La propia divinidad tiene un aspecto destructivo, necesario a veces para promover la evolución y conseguir el equilibrio, pero destruir por destruir es un desequilibrio de esa fuerza. Esta destructividad se puede manifestar como **odio** o como **ira** que son por naturaleza destructivos.

Las virtudes de Guevurá, **lealtad y coraje**, son claramente marcianas. Las **obligaciones** también van en esa línea luchadora: coraje, lealtad, valentía. Estas cualidades apenas precisan aclaración.

El **mandamiento**, sin embargo, no resulta tan evidente: “**Honra a tu padre y a tu madre** para que se prolonguen tus días sobre el suelo que el Eterno tu Dios te da”.

Padre y madre es todo lo que nos ha engendrado y nos ha llevado a ser lo que somos. Por supuesto, padre y madre son nuestros progenitores físicos, pero el concepto es mucho más amplio. La naturaleza, la cultura y la tradición en la que hemos bebido, el alma universal y la matriz de nuestro inconsciente, todo esto es nuestra madre. El impulso original que nos ha llamado al ser, nuestra chispa divina, portadora del sello de Dios y de la llave de nuestro destino, la propia voluntad divina respecto de nosotros, todo esto es nuestro padre. Padre y madre son, pues, las sefirot Jojmá y Biná, que operan tanto al nivel cósmico como al nivel personal, y de cuyos arquetipos participan el padre y la madre físicos.

Así pues, nuestra individualidad y nuestro ser reflexivo se erigen sobre un amplio sustrato colectivo y cósmico. Todo ser humano tiene obligación de individualizarse frente a estos contenidos, a veces en relación de oposición, reconociendo, sin embargo, la deuda impagable que tiene con sus progenitores, su cultura, su tradición, sus raíces profundas, y honrarlas consecuentemente, aunque eso no significa que no podamos individualizarnos y cambiar las cosas, siguiendo nuestro propio camino.

JÉSED

Si en Guevurá tenemos los desequilibrios causados por el exceso de rigor y el abuso del poder, en Jésed se presentan los que provienen del exceso de misericordia y del abuso de autoridad. La abundancia de Jésed se transforma en **gula y glotonería** cuando tomamos más de lo que necesitamos, y esto se aplica no sólo a lo material sino también a lo espiritual. Su autoridad deviene en **despotismo y tiranía**. Su gracia y bondad, cuando son fingidas, se transforman en **hipocresía**. Su papel de mediador con lo espiritual y de comunicación con lo divino, cuando se desequilibran, se plasma en **intolerancia y fanatismo**.

Porque la **ilusión de Jésed** es sutil y difícil de detectar. Es la ilusión de las **propias creencias**. Creemos, pero no “sabemos”. Pensamos que estamos en la verdad (y por lo tanto los demás en el error), que nuestras creencias son toda la verdad, que tenemos la “exclusiva” de Dios, que somos nosotros los que tenemos una línea telefónica privada con la Divinidad. Ahora bien, la infinitud de Dios contiene de forma natural cosas que a nosotros nos parecen incluso contradictorias. Y es que todo cuerpo de creencias es algo por debajo del abismo – finito, limitado – y por tanto una ilusión en relación con lo alto. Si se aspira a cruzar de algún modo ese abismo que separa lo

personal de lo cósmico, lo humano de lo divino, es necesario rasgar el velo de ilusión inherente a toda creencia.

Precisamente, la experiencia espiritual de Jésed es la **visión del amor**, incompatible con los vicios descritos antes. Para poder estar en sintonía con las energías de esta esfera es necesario desarrollar sus cualidades positivas: la **tolerancia, prudencia, paciencia, obediencia** (a un plan divino), **generosidad**, todas relacionadas con el amor. También la **humildad**, virtud y obligación, reconociendo que somos un receptáculo y actuamos por la voluntad divina. Todas nuestras capacidades y nuestra autoridad dimanan de lo Alto.

El mandamiento de Jésed nos pide **guardar el Shabat**: “Recuerda el día del Sábado (Shabat) para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu faena; mas el séptimo día es sábado (descanso) en honor de YHVH tu Dios, etc.”

Jésed, que rige los mundos de la forma, busca asimilarse a lo divino (es el representante de lo divino en los mundos de la forma), para lo cual debe estar constantemente mirando por encima de ella. Para ello es necesario guardar un espacio interior, de receptividad de lo espiritual, cultivando el aspecto no ser, no acción. Saber pararlo todo en un momento determinado, hay que saber hacer y también saber no hacer. Para recibir a Dios es necesario desidentificarse totalmente de nuestras metas y rutinas de la vida diaria. Lo cual también es devoción, pues significa que no hay nada que realmente antepongamos a esa Nada que es el Todo.

El mandamiento podría, pues, enunciarse así: El ser y la nada son dos caras de la misma realidad y ambos son en esencia divinos, porque no hay otra realidad que no sea Él. Durante los seis días de la semana cultivarás el aspecto “ser”, como hizo Dios en la fórmula de la Creación. Pero en el Shabat cumplirás con el descanso interno y externo – físico y psíquico – o sea, cultivarás en ti la filosofía de la no acción y del vacío para poder ver a la acción y a lo lleno en su verdadera perspectiva.

Y ello, desde el punto de vista humano, se hace desde Jésed, también la séptima sefirá en orden ascendente, es decir, en el sentido de la evolución. Los seis días de esfuerzo son las seis sefirot de Maljút a Guevurá, hasta donde hay trabajo y lucha. El séptimo, Jésed, es día divino, de descanso, de llevar Maljút y Tiféret – las bodas místicas – a su posición primigenia de unión en Daát, Conocimiento.

Dicho de otro modo, es el tiempo de llevar el mundo de la forma a Biná – el octavo día de la Luz Retornante y el símbolo del Mundo Futuro, el día en el que todo será Shabat – es decir, es el tiempo de hacer que la forma sea transparente a su verdadera condición espiritual.

BINÁ

La ilusión de Biná es aquella a la que nos referimos cuando decimos que el mundo es una ilusión, Maya, la ilusión de **la forma como algo en sí**: nacimiento y muerte, cosas y seres distintos y separados, un cosmos sometido al paso del tiempo... todos los misticismos han afirmado su carácter ilusorio; lo cual no es una negación de su existencia, sino más bien la percepción de que la realidad tiene dos caras indisolublemente unidas, el aspecto ser y el aspecto nada. No se trata de afirmar o de negar, pues ninguna de las dos actitudes hace justicia, sino de callar. La verdad se manifiesta por sí misma. La verdad no es una afirmación acerca de la naturaleza de la realidad, sino un estado de la realidad.

Todo aquél que en el ámbito de lo cotidiano cree en la incambiabilidad de las cosas – en un mundo cerrado, determinista, dominado exclusivamente por la necesidad – está cayendo en la ilusión de Biná. Está absolutizando una Ley – expresión del

Entendimiento – que no puede romperse desde abajo, pero sí trascenderse desde arriba, pues la Sabiduría es anterior al Entendimiento. No hay situación alguna que no esté abierta y en la que no pueda irrumpir lo creativo. En última instancia todo es En Sof, es decir, sin límites.

De todo ello se comprende que la cualidad de Biná sea el **silencio**, que es más profundo que el de Maljút (en donde está relacionado con la discriminación). En Biná es el silencio que es vaciedad interior para nacer de nuevo en un espacio, esta vez divino. El Entendimiento nace del silencio y todo nacimiento supone un paso por el vacío.

También el vicio de Biná repite uno de los vicios que vimos en Maljút: la **avaricia**. La avaricia es un exceso de forma solo que en este caso no se aplica tanto a los bienes materiales como a los espirituales. Lo espiritual lleva asociado su propia sensualidad, un goce que si bien es necesario como palanca de motivación, puede acabar esclavizando al alma. El alma alcanza su plenitud última no por la adquisición de virtudes espirituales positivas – por muy importante que ello sea – sino por la negación de sí misma como aparte de lo Divino. Ello exige la donación total de sí misma en el silencio. La avaricia espiritual – el apetito desordenado de bienes espirituales – contradice al silencio y lo bloquea.

La experiencia espiritual es la **visión del dolor**, del **Tikún**: el dolor de la separación de la naturaleza espiritual. Es la contemplación de la necesidad de la Creación y de la ocultación de la Luz, dando lugar a sus leyes y ciclos de nacimientos y muertes; del dolor de la naturaleza superior por la “caída” de las criaturas en los mundos de la forma. Oímos el llanto de la Madre y cómo tolera ésta tanto mal e infortunio, esperando con paciencia infinita que el alma se vuelva a ella. Es abrir el corazón a la compasión universal sintiéndose inmerso en la tarea de la redención cósmica, de la perfección última, en la que todo ser será transparente a la Luz Divina y el mundo será restituído a Dios. Es hacer el voto del bodhisattva de que continuará trabajando en los mundos de la forma, renunciando voluntariamente al estado último, hasta que todos los seres hayan alcanzando su liberación final.

Y es sentir el grito de júbilo de las almas que, tras su exilio en el mar de la existencia contingente, en su ascenso alcanzan la perfección, brillando con una luz que supera el esplendor de toda luminaria terrestre. Es participar del propio gozo de la Deidad que se entrega entonces sin medida y colma toda aspiración del alma. Lo que tenemos que padecer se transforma en alegría cuando subimos hacia Biná en el sendero de retorno. Uno de los nombres de Biná es Teshuvá, que significa precisamente retorno, ya que el estado de Biná es nuestra verdadera casa.

El **mandamiento** de Biná, la tercera palabra, es: “**No tomarás el Nombre** de YHVH tu Dios **en vano...**”. El Nombre de Dios es la fórmula de la totalidad, la expresión perfecta del Pensamiento de la Creación. La palabra que lo representa es el recurso de que disponemos para adherirnos en conciencia a él. En términos operativos, el Nombre es la penetración de lo supraformal en los mundos de la forma. Es tomarlo en vano el cortar la comunicación constante entre los planos. En términos positivos la formulación del mandamiento sería por tanto: Te adherirás al Nombre; lo que significa promover un estado de conexión constante. Es despertar a la conciencia de la presencia constante de lo divino. Sólo así es posible el retorno al que aludíamos antes.

JOJMÁ

Mientras que el mandamiento de Biná era un alegato a favor de la sacralidad de toda forma (como una expresión del Nombre de Dios), el mandamiento de Jojmá trasciende toda ilusión de forma, incluso de forma divina. Dice así: “**No te fabricarás**

escultura ni imagen alguna de lo que hay en los cielos por arriba o de lo que hay en la tierra por abajo, o de lo que hay en las aguas bajo la tierra...”. Lo que nos está pidiendo este mandamiento es **distinguir el símbolo de lo simbolizado**, no confundir la representación con el estado superior de las cosas. Adorar a un poder cualquiera en el área de lo existente es fruto de una confusión semántica: tomar la representación por la esencia, la vasija por su contenido. Pero donde hay “algo” no se puede manifestar la verdadera sabiduría que no se asemeja a “nada”. Y escultura o imagen no ha de referirse sólo a confección material. Un sistema filosófico es una imagen. Un sistema de creencias también. El propio esquema del Árbol de la Vida lo es.

En términos positivos el mandamiento podría formularse como “perseguirás un estado aformal de conciencia superior”, esencialmente incompatible con todo tipo de ideas, imágenes o símbolos, simplemente porque está más allá de las categorías mentales. Está escrito: “el temor de Dios es el principio de la Sabiduría” (Prov. 1:7) y José Guikatila, el cabalista judeo español del siglo XIII, explica en sus “Puertas de la Luz” por qué se llama Temor a Jojmá: “Es éste un lugar de temor porque no tiene medida ni límite y, por tanto, la mente no tiene la capacidad de comprenderlo”.

En el anonadamiento místico (que es lo que de verdad significa temor), cuando no queda rastro alguno de ego ni de nada, esa nada se torna llena y deviene en el espejo de la verdad divina: un estado luminoso de omniconciencia, en el que todas las cosas existen en la eternidad como arquetipos vivientes en la Conciencia Divina que se muestra directamente al místico. Esta es la experiencia espiritual de **Visión de Dios cara a cara**, tal como dice la Biblia que Dios hablaba con Moisés: “Si hubiere un profeta entre vosotros, Yo, el Eterno, me haría conocer a él en una visión y le hablaría en un sueño. No es así con mi siervo Moisés que me es fiel en gran manera. Con él hablo cara a cara, en visión clara y no con acertijos, y él contempla el semblante del Eterno.” (Num 12:6-8)

En este nivel trascendente (Jojmá y después Kéter) no hay virtudes ni vicios, pues se supone que éstos van ligadas a cierta forma y ambas sefirot son estrictamente supraformales.

Precisamente, la trascendencia de Jojmá puede proyectar la ilusión de **independencia**. El ignorante cree que puesto que existe un nivel esencial por encima de toda forma, todo entonces es arbitrario, nada está en última instancia determinado. Como consecuencia, él puede actuar como quiera (no hay ley). Pero si bien la Sabiduría es anterior a la Ley (Biná), esto no significa que sea independiente de ella o ajena a ella. Eso sería absurdo, pues la Ley es la expresión de la Sabiduría. Jojmá y Biná están unidos en un abrazo. Jojmá no está por encima de la Ley: es “una” con la Ley.

KÉTER

La experiencia espiritual es la **visión de la Unidad**, la culminación o corona (kéter) de todo el sendero místico. La visión de la unidad no es algo externo sino que conlleva intrínsecamente una unificación, es decir, una absorción en la unidad divina, la devekut, unión con Dios, como es llamada en Cábala. Y unidad significa que no hay en ella traza alguna de dualidad, diferenciación, matices, atributos. Los opuestos y complementarios – luz/oscuridad, bien/mal, vida/muerte, Dios/mundo, sujeto/objeto, causa/efecto, ser/nada, lleno/vacío, etc. – carecen de sentido (no están separados) en este estado que es un proceso único descrito por el Nombre de Dios Eheiéh Asher Eheiéh, Yo Soy Quien Yo Soy (o Yo seré Quien Yo seré, como también puede traducirse).

Dios se manifiesta como Presencia, un “Yo”, el divino Sí Mismo de toda la Manifestación. Por eso, el primer mandamiento o palabra divina empieza por Yo: “**Yo**

(Anojí) soy YHVH tu Dios, el que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. No tendrás otros dioses ante mi faz¹” Como si dijera: Te he librado de tu ser inauténtico y te invito a ser uno conmigo. Conóceme; recorre el sendero Tiféret – Kéter; no lo bloques con otros dioses, pues cualquier “dios” es un velo ante mi verdadero rostro.” Y, ¿quién es Dios?: Anojí, Yo (soy), el que es verdaderamente, Eheié Asher Eheié, Yo soy quien Yo soy. Y una interpretación cabalística del por qué de la repetición es que el significado del Nombre es: Yo seré dondequiera que tú seas; sé conmigo y yo seré contigo. La unión con Dios es una unión de Yo con yo. Es en el entendimiento más profundo de su propio sí mismo en donde el hombre toma conciencia de la Presencia de Dios como el Sí Mismo absoluto.

El que es Anojí, el Ipse supremo de todas las cosas, las contiene a todas como la unidad de su unidad constitutiva. Y recíprocamente, todas las cosas le contienen en la parte más profunda de sí mismas como el Uno, como la identidad absoluta de todas las cosas con el Absoluto, el Ain. Porque este grado, Anojí o Aní², no es algo distinto del grado más abstruso de la Deidad: el Ain, la Nada Divina, pues Ain y Aní tienen las mismas letras permutadas. La letra Kaf, inicial de Kéter, que Anojí (Anokhí) añade al Aní y al Ain, es indicativa de que Kéter reúne ambos extremos.

El proceso de absorción en la Divinidad, o sea, en la Unidad, o sea, en la Totalidad, nunca termina, carece de límites. La ilusión de Kéter es precisamente esa, la ilusión de “**haber llegado**”. ¿Adónde? Si no hay principio, no hay fin. Recuérdese lo dicho antes sobre la no-dualidad. ¿Cómo puede detenerse el movimiento cuando no hay nada que se mueva? Dice el Séfer Yetsirá sobre las Sefirot: “Corresponden a diez infinitos: Profundidad del principio, profundidad del fin, etc.” Es decir, todas las dimensiones de la existencia carecen de límites, son Infinitas. Por tanto, “No tendrás otros dioses ante mi Faz”.

¹ Algunos autores consideran esta frase “no tendrás...” como el principio del segundo mandamiento.

² En hebreo, ambos términos constituyen indistintamente el pronombre de 1ª persona.

Lección 12. Segunda parte.

AUTOEVALUACIÓN ANÍMICA.

En otro lugar se ha hablado de la importancia que tiene en el desarrollo psíquico, que debe entroncar con lo espiritual, la construcción de un ethos personal. Se trata de moldear la propia naturaleza a un nivel de refinado anímico. Por supuesto que ello no implica reprimir, o no asumir como propias, ciertas características que una parte de uno mismo considera negativas (ya sea por identificaciones en el pasado con unos determinados ideales, ya por una presión social o ambiental). Al contrario, se pretende aceptar su responsabilidad y, por tanto, desde la decisión consciente, hacer “algo” con ellas.

Toda decisión personal, en particular la de seguir o no un impulso psicológico, es ética en el sentido que conlleva consecuencias para el individuo y para los demás. Es necesario, por tanto, que la persona sepa qué quiere y cómo conseguirlo. Si pretende alcanzar su propio centro, mantenerse en él y seguir ascendiendo por el Árbol de la Vida, tendrá que hacerse fuerte en Guevurá y desarrollar Jésed.

Este es el nivel del desarrollo anímico, el nivel que hemos llamado ético, la clave del poder personal. La virtud es un poder y su técnica es la limitación: qué evitar y qué desarrollar; no en base a códigos externamente impuestos, sino a imperativos de la propia naturaleza interior.

Para todo lo cual es esencial el juicio sobre uno mismo: un juicio preciso, objetivo, imparcial – guevúrico en suma – pero no autopunitivo, sino clarificador, capaz de plasmarse al nivel de Hod en realizaciones concretas y acciones planificadas positivas.

Los ejercicios que se proponen son arduos – no por el contenido, sino por la dificultad en vernos a nosotros mismos objetivamente – y para completarlos seguramente vamos a tener que superar grandes resistencias. Es necesario, por tanto, desarrollarlos poco a poco, extendiéndolos durante largos periodos de tiempo.

1^{er} ejercicio:

En nuestro diario personal dedicamos durante varios días algunas páginas a describirnos desde el punto de vista de nuestras características positivas y negativas. ¿Qué buenas cualidades poseemos? ¿Cuáles en grado sumo y cuáles en grado menor? ¿Cuáles son nuestros principales defectos: los más grandes, los más leves? Analizamos las situaciones en el pasado en las que pensamos que no actuamos bien. ¿Cuál fue nuestro comportamiento? ¿Cuáles nuestras motivaciones? Lo mismo respecto a aquellos casos en los que hemos sido brillantes, satisfactorios o simplemente correctos. Llegamos a los detalles, incluyendo esas cosas insignificantes, aparentemente sin importancia, tanto en el lado positivo como en el negativo.

Como es lógico, la visión de nosotros mismos va a variar con las circunstancias y, sobre todo, con nuestra evolución personal. No importa que ahora tendamos a cargar las tintas en algunas cosas y nos ocultemos asimismo otras. En sucesivas ocasiones lo veremos todo más claro, pero lo importante es que asumamos el compromiso de ser honestos con nosotros mismos. Todo lo más que nuestro conocimiento actual y nuestra capacidad para asumirnos lo permitan.

Tan sospechoso como no encontrar defectos es encontrar sólo defectos y apenas virtudes. Evidentemente en ese caso nuestro juicio sobre nosotros mismos es parcial: reconozcamos nuestra necesidad de castigarnos a nosotros mismos. ¿Qué es lo que no nos perdonamos? ¿El no ser perfectos? Pero, perfectos ¿respecto a los estándares de qué o de quién? ¿Con qué ideal de perfección humana nos identificamos? ¿No es ello, al fin y al cabo, una identificación? ¿Somos igual de intolerantes con los demás que con nosotros mismos? Aquí tenemos unas líneas de reflexión que nos pueden ayudar a encauzar la situación anterior.

Cuando hayamos logrado construir dos espejos – uno “positivo” y otro “negativo” en los que poder reconocernos objetivamente, hacemos lo siguiente:

2º ejercicio:

Atribuimos cada una de las virtudes y defectos anteriores a una de las sefirot: si somos perezosos se trata de un vicio de Yesod; si con frecuencia no decimos la verdad, a Hod; si somos valientes a Guevurá; si somos buenos organizadores a Jésed; etc. Para ello nos ayudamos de la tabla y del análisis de la primera parte de la lección que podemos expandir en cuantas direcciones deseemos. Caso de que algunos rasgos positivos o negativos no encuentren fácil acomodo, los dejamos estar. Quizá en un análisis posterior veamos más claramente su naturaleza sefirótica.

Volvemos periódicamente – una vez al mes o así – sobre los análisis anteriores para completarlos, modificarlos y mejorarlos. El objetivo del ejercicio es que tengamos una idea clara de nuestra composición sefirótica: qué sefirot actúan positivamente en nosotros y cómo, y qué sefirot negativamente; cuáles están razonablemente desarrollados y cuáles en estado latente, etc. Todo ello nos resultará muy iluminador para nuestro conocimiento personal y nos va a ser de gran utilidad en nuestro trabajo como cabalistas.

Lección 12. Anexo.

Transmutación de cualidades negativas

Una vez que hemos construido nuestros espejos sefiróticos de cualidades positivas y negativas, la pregunta es: ¿qué hacer con ello?

Podemos emprender un programa de cambio a nivel sencillo mediante la meditación. La práctica consiste en utilizar como generador o transmutador el Nombre de Dios de la sefirá a la que corresponda la cualidad que queremos trabajar.

Para lo cual construimos una meditación estándar basada en ese Nombre:

Elevamos la mirada hacia el firmamento y vemos como aparecen sobre nuestras cabezas escritas en fuego blanco irradiando luz blanca las letras del Nombre con el que estemos trabajando. Las letras se expanden hasta llenar todo nuestro campo de visión. Vemos estas letras, irradiando una luz blanca purísima, ardiendo con un fuego interior que percibimos como blanca brillantez, aunque sabemos que está más allá de todo blanco.

Durante unos instantes nos concentramos exclusivamente en las letras de este Nombre.

Después, contemplamos cómo de este Nombre desciende sobre nosotros un rayo de luz que penetra por nuestro Kéter, por nuestra fontanela, y que desciende por todos los canales de nuestro organismo psicofísico, llenando de luz, de positividad todas las partes de nuestro cuerpo. La luz pasa a nuestro hemisferio cerebral izquierdo, luego a nuestro hemisferio derecho. Y empieza a descender por la garganta, por el hombro y el brazo izquierdo, por el hombro y el brazo derecho, el corazón, el centro del ombligo, la cadera izquierda y la pierna izquierda, la cadera derecha y la pierna derecha, el centro del sexo, el centro de Maljút. (Podemos ser tan detallados como queramos)

Sentimos cómo la luz nos va bañando interiormente, iluminándonos, transformándonos... eliminando toda la negatividad... (sin especificar). Esta luz es curativa, es completa. Trae perfección y plenitud a cada uno de nuestros órganos. Reestructura todo nuestro ser interno, integrando, unificando, regenerando.

Entramos en contemplación. Estamos así durante unos minutos, en la calma, en la serenidad de ser simplemente, sin querer nada, sin analizar, en unidad con la luz que es nuestra verdadera esencia. Nos abandonamos a donde la luz quiera llevarnos...

En una primera fase, esto es suficiente. Pero podemos ahora ser más específicos con la cualidad que queramos trabajar:

Construimos una imagen que represente la cualidad negativa y la visualizamos delante de nosotros. Esta imagen puede ser más o menos humana, humanoide, animal, etc. Si esto nos produce ansiedad, podemos simplemente visualizar el nombre de la cualidad (en hebreo o en cualquier lengua). Por ejemplo: MIEDO, etc. Sobre esa imagen o nombre proyectamos toda la emoción negativa. Visualizamos sobre ella el Nombre de Dios y la subsumimos en su resplandor. Imaginamos que la Luz del Nombre la va llenando y que por su efecto, la imagen se transforma en su contraparte positiva (por ejemplo, VALOR, en el caso de una palabra), algo así como el sapo que se transforma en príncipe en los cuentos de hadas. Imaginamos la imagen en esa nueva forma rebosante de luz y la absorbemos en nosotros.

Compartimos la luz, agradecemos y despedimos.

Evidentemente, va a hacer falta más de una sesión para que el proceso cristalice. Hay que tener en cuenta que nuestro apego a las cualidades negativas está muy arraigado en hábitos y programaciones en un gran número de casos inconscientes.

Tomemos, pues, una cualidad cada vez y procedamos poco a poco, dedicando a esa cualidad el tiempo suficiente antes de tomar otra.

El procedimiento delineado aquí es completamente seguro. Es uno mismo el que está trabajando sobre sí. Y de la Luz Divina sólo puede resultar lo bueno, aunque a veces se nos muestre bajo la cara del rigor. El único problema puede venir de que al crear la imagen correspondiente, ésta asuma rasgos negativos inesperados, quizá incluso desproporcionados. Pero pensemos que, al fin y al cabo, se trata de nuestra propia creación mental. Puede, simplemente, ser una resistencia. O bien, efectivamente, puede que hayamos descubierto algo sobre nosotros mismos, en cuyo caso, como siempre, hay que poner conciencia y luego integrar y/o transmutar.

Por cierto que este no es el único método. En lecciones posteriores exploraremos otras posibilidades. Sin embargo, el uso de Nombres Divinos – los Nombres de Dios con tradición bíblica – es una vía regia para todo tipo de trabajos.